

YOLANDA QUIRALTE

 EL
CHOCOLATE
NO HACE
PREGUNTAS



Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cumbres borrascosas
La historia interminable
La insoportable levedad del ser
La hoguera de las vanidades
El código Da Vinci
La divina comedia
Veinte poemas de amor y una canción desesperada
Los miserables
El mito de la caverna
La Odisea
Mauro, yo soy tu madre
El principito
Lo que el viento se llevó
Los puentes de Madison County
La isla del tesoro
La vuelta al mundo en ochenta días
En busca del tiempo perdido
La Celestina
Orgullo y prejuicio
Grandes esperanzas
Rimas y leyendas
Drácula
El amor en los tiempos del cólera
Los buscadores de conchas
La casa de los espíritus
Como agua para chocolate
La conjura de los necios

Epílogo 1

Epílogo 2

Referencias a las canciones

Nota de la autora

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora
bre

Descu-
Comparte

Sinopsis

Bruno García acaba de invertir todos sus ahorros en La Bookería, una librería con tintes neoyorquinos situada en una pequeña ciudad española.

Decidida a dar un cambio a su vida, Sara Bueno entra una mañana en el local para participar en las citas a ciegas programadas para San Valentín.

Tras el primer encontronazo, marcado por una tensión sexual resuelta a medias, ambos traman nuevas formas de volver a verse. Bruno, porque se ha enamorado, y Sara, porque cree posible que Bruno sea el hijo del hombre al que vio morir tras un atropello y a quien lleva buscando dos largos años.

Un tesoro inexistente que Bruno se inventa para pasar tiempo con ella, mucha química, ausencia de lógica y un amor poco convencional los llevarán a vivir situaciones surrealistas hasta que encuentren, por fin, el deseado botín.

EL CHOCOLATE NO HACE PREGUNTAS

Yolanda Quiralte

Esencia/Planeta

Para Javi Sos y Xaro Haro.

Javi, jamás olvidaré cómo me ayudaste,

*fregona en mano, aquel día en el que pen-
saba*

*que se me acababa el aire para respirar.
GRACIAS.*

Y para ti, Xaro, gracias por ser amiga,

compañera y hermana SIEMPRE.

Os quiero

Cumbres borrascosas

Emily Brontë

A Sara se le daba bien encontrarse con idiotas. Hacía muchos años que había dejado de creer que era por pura casualidad, así que, resignada, una vez más se colocó la paciencia en el lugar de siempre, la punta de la lengua, y respondió:

—Demasiada cabeza para tan poco cerebro.

Fin de la cita a ciegas.

Las anteriores no habían terminado de una forma mucho más ortodoxa. Por alguna razón, desconocida hasta la fecha, tenía cierta tendencia a utilizar el cerebro y sus elementos en los alegatos finales: «Tus neuronas no saben realizar sinapsis, te caíste de pequeño y se te aplastó el cerebro contra el frontal, sufriste falta de oxígeno al nacer...», y alguna que otra reahíla que la hacía salir con dignidad de los miles de citas que sus amigos le proporcionaban sin descanso, así que, por una vez en su vida, decidió independizarse de ellos y buscarse la próxima ella solita.

Para ello sólo necesitaba dos cosas:

1. Valor.
2. Una buena excusa.

Hallar lo primero iba a ser complicado, pero lo segundo acababa de proporcionárselo el escaparate de una librería junto al que se había parado para comprobar si llevaba bien pintados los labios, que una cosa era haber huido de una cita espantosa y la otra ir hecha un adefesio.

ATRÉVETE A PARTICIPAR EN NUESTRAS CITAS A CIEGAS
EL PRÓXIMO VIERNES, DÍA DE SAN VALENTÍN

Quizá era por la falta de sexo desde hacía casi una década, bueno, vale, un año o... dos sólo, pero es que había cosas que se echaban tanto de menos que le daba la impresión de que vivía sin ellas desde el instituto; la cuestión fue que se sintió tentada de participar.

Un año y siete meses. Desde que Roberto le rompió el corazón. ¿Quién iba a decirle que su novio de siempre, aquél con el que estaba destinada a casarse y procrear cuando tuviera tiempo para la relación y para él, iba a dejarla por una mujer doce años mayor que ella y que, para más fastidio, era su casera? La de los dos. Un desastre para su alma y, sobre todo, para la confianza hacia los hombres. Fulminada, desaparecida. Extinguida. *Caput*.

Soltera. Desconfiada pero inteligente, así se definía. Y valiente también, ¿por qué no? Animada ante su nuevo yo, o lo que comenzaba a atisbarse de él, empujó la puerta de cristal de la librería y cruzó el umbral..., o casi, porque uno de sus pies se quedó en el escalón por si de repente sentía la necesidad de huir.

—Buenos días —saludó alguien desde detrás del mostrador—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí, a ver... —respondió sin saber muy bien lo que decía.

Entre que el corazón le latía a una velocidad similar a cuando se corre un maratón y que el contraste entre la luz de la calle y la de dentro del local era lo más parecido a la noche y el día, se sentía bastante perturbada.

—¿Estás mareada? ¿Quieres sentarte? —le propuso la voz desconocida.

Era un chico. De edad indeterminada. Esperaba que guapo, aunque en su estado actual, similar a la catatonia, ciega y medio sorda, no estaba muy segura.

—No, sólo necesito enfocar bien.

—¿Tienes problemas de visión? ¿Quieres que te ayude a entrar? Mira, da otro paso y alarga las manos, ¿ves? Ya te tengo —afirmó mientras se las agarraba—. No te preocupes. Aquí somos muy solidarios con las personas con discapacidad.

Sara respiró. Hondo. Profundo. Como quien se aguanta las ganas de reír.

—Me he deslumbrado al entrar. Fuera hace mucho sol.

—No te preocupes, admitir nuestras limitaciones es un gran paso.

—Anda, ¿si es usted sordo!

—¿Y usted ciega?

Sara entornó los ojos y meneó la cabeza. Cualquiera que la conociera habría identificado esos dos gestos como el inicio del subidón de su mala leche. Además, ya enfocaba bien.

—Veo a la perfección. Puede soltarme las manos.

El librero detectó el tono a la primera. Además, no le había gustado nada la forma en que la rubia medio cegata lo había mirado.

—No sabe lo que me alegro. —Lo que no sabía era si se alegraba de haber dejado de tocarla. ¿Qué era eso que lo había recorrido de los pies a las meninges?

—Estupendo entonces —resolvió Sara a la vez que rebuscaba algo en su bolso—. Ah, aquí están, ¡mis gafas!

—Ya decía yo que no veía un pijo...

—¿Perdone?

La estampida de sus amigas, llegado este punto, habría sido similar a la de los ñus en la sabana africana.

—¿Puedo ayudarla en algo, repito? —preguntó él rectificando cuando, por fin, dos ojos negros cargados de mala baba se posaron sobre su ser.

—Busco un libro, pero con lo grosero que ha sido usted, mejor me va a sacar una hoja de reclamaciones y así zanjamos este asunto.

—¿Qué asunto?

Bruno acababa de explotar. Y no en el sentido sexy de la palabra, no, en el otro. ¿Quién se creía que era aquella individuo para amenazarlo con la hoja de reclamaciones? ¡Pero bueno, si sólo se había preocupado por ella!

—El de su tendencia a ser maleducado, desde luego. Sáquela.

—¿Así, sin previo aviso? ¿Sin preliminares? —bromeó él, tan nervioso que, al parecer, sólo podía decir una estupidez detrás de otra.

—Grosero.

—Loca.

—¡¡He dicho que la saque!!

—¡No sea cochina, señora!

—Disculpe usted, pero soy señorita.

—Fíjese que no me extraña nada que esté soltera.

—Es usted un imbécil. ¿Lo saben en su casa?

—Sí, les dieron la noticia el mismo día que usted se cayó y le pisó la cabeza un tren.

—Lo que acaba de decir no tiene el más mínimo sentido.

—¿Y puede saberse por qué no lo tiene?

—Porque, como neurocirujana que soy, puedo asegurarle que si me hubiera pisado la cabeza un tren no estaría viva y, mucho menos, discutiendo con usted.

—¡Está muy chalada! Mire, vamos a calmarnos porque puedo jurarle que no estoy comprendiendo nada.

—¡Lo sabía!

—¿Qué sabía?

—Que tiene un bajo cociente intelectual. Se le ve a la lengua, así que le pido disculpas. Le había presupuesto una inteligencia normalita.

—Toma pastillas, ¿verdad?

—No, ¿por...?

—Porque le hacen falta. Tres o cuatro al día. Hágame caso.

—Me cae usted muy mal.

—Me alegro infinito. Y ahora, si es tan amable, ¿quiere hacer el favor de irse de mi librería? No sabe usted lo tranquilo que estaba antes de que se le ocurriera abrir esa dichosa puerta.

—¿Me está echando?

—Es muy probable.

—¿Trata así a todos los clientes?

Bruno respiró. Respiró hondo, muy hondo. Con el diafragma, tal y como le habían enseñado en las clases de yoga a las que iba desde hacía un mes para combatir el estrés. Tener una librería en tiempos de lecturas digitales era algo así como hacerse el harakiri a diario, pero él era un hombre de fe y estaba seguro de que, con todas las nuevas propuestas, su amada Bookería saldría adelante.

—Mire..., ¿cómo se llama? —quiso saber tras oxigenarse.

—Eso no es de su incumbencia.

—¿Ha probado alguna vez a ser amable con los demás?

—¿Me está diciendo que no lo soy?

—¡Es evidente que no! ¿No se da cuenta?

—Admito que no he tenido un buen día —suspiró Sara—, tal vez sea por eso. Pero usted tampoco es un dechado de amabilidad. Lleva metiéndose conmigo desde que he entrado.

—Mi día tampoco está siendo espectacular, a la vista está —replicó Bruno confuso—. ¿Qué le parece si nos tranquilizamos y la invito a tomar un café? Tenemos la mejor máquina de toda la ciudad.

—No estará intentando ligar conmigo, ¿verdad?

¿A esa chica qué demonios le pasaba?

Sara estaba preguntándose lo mismo. Desde que había mandado a hacer puñetas a su cita, todo estaba saliéndole mal. Bueno, todo, menos su prepotencia, porque, para ser ho-

nesta, el dependiente de la librería no estaba tirándole los trastos. ¿Y por qué no se los tiraba?! Autoestima *down*.

—Voy a hacer como que no he oído esa pregunta. ¿Quiere el cafelito o no?

—No me apetece un café.

—¿Un té?

—¿Es necesario?

—Mujer, tanto como necesario, no, pero me salen muy bien.

—La modestia tampoco es una de sus virtudes. —¿Por qué tenía que ser tan desagradable?

Bruno suspiró, con respirar ya no le entraba aire suficiente. Suspiró tanto que se atragantó y todo. Si no hubiera sido porque estaba nervioso perdido de mirarla, ya la habría mandado a... la mierda. Sí, allí. Lo malo era que habría ido a buscarla después. Si es que no se podía ser tan bueno en esta vida, ni ella ser tan atractiva. Vale, *stop*. Acababa de pensar, sentir, saber, que ella estaba buena. ¿Desde cuándo no se le pellizcaba así el corazón? Desde nunca. ¡Pero si los flechazos no existían!

—Entonces ¿qué hacemos? Se lo digo porque tampoco parece que tenga muchas ganas de irse de aquí —consiguió decir.

Muda. Muda se había quedado. Pues no, no tenía ganas de irse porque siempre era más entretenido discutir con un memo que irse fracasada y sola a casa.

El guantazo emocional le llegó al plexo solar. Sola y fracasada, jarrea con el pensamiento!

—Creo que tomaré el té que me ofrece —dijo después de titubear, enfadada consigo misma. ¿Desde cuándo valoraba el triunfo en el amor como el triunfo de la vida? Vale, sí, comenzaba a rayarse a nivel de un dios.

Mientras Bruno iba preparando el té, las cabezas de ambos hervían de histeria.

El uno porque se había enamorado. Así, de golpe, de forma irremediable y para cada uno de los días de su vida.

La otra porque pensaba que jamás se enamoraría. Acababa de verse en un piso solitario, pijo, rodeada de gatos y pantuflas. Lo de las pantuflas no lo comprendía muy bien, pero ahí estaban, con todas sus pelusas.

—Con sacarina, supongo... —Ese carácter agrio no era el de una mujer que se sentía bien con el azúcar.

—¿¿Encima me estás llamado «gorda»??

Explosión nuclear. Alerta mundial. Y fuera el trato de usted.

Bruno jamás había visto, oído, presenciado, imaginado tener delante de sus pupilas a una mujer tan alterada y con la capacidad de estallar en un microsegundo con tantísima facilidad. ¿Ahora qué había dicho?

—Me rindo —alegó, a la vez que iba levantando los brazos como si tuviera una metralleta en la sien—. Juro que no tengo ni idea de qué ha pasado desde el momento en que has entrado en La Bookería, y puedo asegurarte que mi propósito ha sido ayudarte cada segundo, pero de verdad que debo de haberme equivocado, y mucho. Te pido disculpas, si crees que es necesario. Yo ya no sé qué más decirte.

«Sólo me queda echarme a llorar y rezar para que te vayas», pensó, arrepintiéndose al momento porque, si ella se iba..., ¿qué iba a ser de él?

Su pensamiento quedó interrumpido cuando la vio coger un mechón de pelo rubio entre los dedos anular y meñique y enrollarlo a toda velocidad con el pulgar. Era hipnótico.

—Lo siento yo también —murmuró una voz femenina en un tono similar al que emplea cualquier niño cuando está confesando una travesura—. No es una excusa, pero hoy he tenido un día muy difícil y mucho me temo que lo he pagado contigo.

—Me llamo Bruno.